
1922: *Annus mirabilis*

Diego Moldes

Es bien sabido que los años son convenciones humanas, como los siglos, las eras, las décadas, los milenios o cualquier otro sistema de periodización del tiempo. Del mismo modo que desde antiguo se ha descrito a un año terrible como *annus horribilis* –2020 sería uno de ellos, como lo fueron 1914 o 1939– se conoce como *annus mirabilis* al año milagroso o, si se prefiere, año maravilloso. En la Historia europea podemos citar como *anni mirabiles* (años milagrosos, en plural) 1492, 1789 o 1989 que marcan un hito en la historia política y socioeconómica y que todo el mundo conoce y reconoce con sólo mentarlos. En la historia de la ciencia, 1543 –con los textos de Vesalio y Copérnico, que pueden servir como el inicio de las ciencias modernas– o 1905 –con los escritos decisivos de la Física de Einstein, incluido el de la Teoría de la Relatividad– son citados frecuentemente como *anni mirabiles*. En la Historia del Cine, que arranca en torno a 1888, se consideran 1958 y 1939 como los dos años más milagrosos, por ser cosechas con una

abundancia de obras maestras cinematográficas y de filmes de importancia histórica e influencia artística, en el primer caso de 1958 en el cine global –de Europa, Asia y América– y en el segundo, el de 1939, en el caso específico de la producción de los estudios de Hollywood. Además, 1958, marca el parteaguas o bisagra entre el cine clásico y el moderno en Occidente.

Si nos ceñimos a la literatura del siglo XX, por ejemplo, ese año milagroso podría ser, sería sin duda, mejor dicho, 1922. Podríamos citar varias decenas de novelas y obras dramáticas, poéticas o filosóficas, pero bastará decir que 1922 es el año donde coinciden las publicaciones de novelas como el *Ulises* de Joyce; *Sodoma y Gomorra*, cuarto volumen de *En busca del tiempo perdido* de Proust; *Siddhartha* de Herman Hesse; el poemario *La tierra baldía*, de T.S. Eliot; algunos de los mejores relatos de Stefan Zweig, cito tres: *Carta de una desconocida*, *Amok* (mi predilecto) y *La calle del claro de luna*; ensayos filosóficos clave en el pensamiento como el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein o *Duración y simultaneidad*, de Bergson, que conviven cronológicamente con libros como *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence, conocido como Lawrence de Arabia; *Babbit*, de Sinclair Lewis; *El capitán Blood*, de Rafael Sabatini; *El beso al leproso*, de François Mauriac; *La casa de Claudina*, de Colette; *El cuarto de Jacob*, tercera novela de Virginia Woolf; *Mi hermana la vida*, el primer poemario de Boris Pasternak; la novela *El incongruente*, de Ramón Gómez de la Serna; *Fiesta en el jardín y otros cuentos*, la obra maestra de Katherine Mansfield (fallecida por tuberculosis nueve días después de finalizar el año 1922, el 9 de enero de 1923); la narración *Un ollo de vidrio. Memorias dun esquelete* [*Un ojo de vidrio. Memorias de un esqueleto*], de Castelao; *Los Thibault*, de Roger Martin du Gard; las obras teatrales *Antígona*, de Jean Cocteau y *Vestir al desnudo*, de Pirandello (que estrena también *Enrique IV*, impresa el año anterior; y publica trece cuentos recogidos posteriormente en el volumen *Cuentos para un año*); el

poemario *Trilce*, de César Vallejo; el libro de poemas *Desolación*, de Gabriela Mistral, publicado en Nueva York; el libro autobiográfico *El combate como experiencia interior*, de Ernst Jünger; el ensayo sociológico *Economía y sociedad* de Max Weber; el ensayo de Bertrand Russell *El problema de China* (reseñado por Ortega y Gasset en la *Revista de Occidente*, fundada al año siguiente) o el también influyente ensayo *Opinión pública*, de Walter Lippmann, que es quien acuña dicho término moderno. Al tiempo, en Praga, en 1922, se publican los tomos segundo y tercero de la obra maestra de la novelística checa, *El buen soldado Švejk*, de Jaroslav Hašek (el primer tomo se había publicado el año anterior y el cuarto y último, al año siguiente, inacabado y póstumo, por la muerte del autor el 3 de enero de 1923). Simultáneamente, en varias revistas literarias de Occidente, se pueden leer en 1922 algunos relatos espléndidos, como *El curioso caso de Benjamin Button*, de Francis Scott Fitzgerald (incluido en el volumen de cuentos *Tales of the Jazz Age*); *El hombre que sabía demasiado*, de Gilbert Keith Chesterton; *El banquero anarquista*, del sublime poeta y narrador Fernando Pessoa; numerosos cuentos de terror de Howard Phillips Lovecraft —*Celephais*, *El miedo que acecha*, *El sabueso* (que contiene la mención primera del libro imaginario *Necronomicón*), *La tumba*, *La música de Erich Zann*, etcétera—; varios relatos populares de P. G. Wodehouse; el magistral relato *Los dedos fugitivos* y parte de la novela *El club de los asesinos de letras* de Sigismund Krzyzanowski, genio de la literatura rusa, de fama póstuma; la colección de cuentos *Los amores futuristas* de Marinetti o el relato protagonizado por Sherlock Holmes, *El problema del puente de Thor*, de Arthur Conan Doyle, aparecido en febrero de 1922 en *The Strand Magazine* (donde se publicaban todos los cuentos del inmortal detective). En Andalucía, en 1922, Federico García Lorca continuaba escribiendo una serie de poemas que había iniciado en noviembre de 1921, para presentar al Concurso del Cante Jondo, que debía de celebrarse en junio de 1922. El 12 de

febrero de 1922 leyó su conferencia «El cante Jondo. Primitivo canto andaluz», junto a algunos de sus poemas, en donde reconocía la influencia musical de Manuel de Falla y del mundo gitano. El poemario, escrito entre 1921 y 1922, no se publicaría hasta 1931. Pero, culturalmente, podemos decir que también procede de esa cosecha milagrosa de 1922. En España, entonces, conviven tres generaciones literarias, la de 1898, ya madura, la de 1914 (Novecentismo) y la de 1927, en sus inicios. En 1922 Unamuno publica un atípico libro de viajes, *Andanzas y visiones españolas*; Azorín publica su novela *Don Juan* y el ensayo *De Granada a Castelar*; Jacinto Benavente publica dos obras de teatro, *Más allá de la muerte* y *Por qué se quitó Juan de la bebida*; en Valencia, Vicente Blasco Ibáñez publica dos novelas, *El paraíso de las mujeres* y *La tierra de todos*; Concha Espina la novela *Cumbres al sol* y el volumen *Cuentos*; Pío Baroja saca a la luz su novela *La leyenda de Jaun de Alzate*, cuarto libro de su saga *La tierra vasca*; Ramón Gómez de la Serna publica tres textos, *El Gran Hotel*, *El incongruente* y *El secreto del acueducto*; Pedro Salinas, estando como lector en la Universidad de Cambridge, escribe los poemas que formarán su primer poemario *Presagio*, de 1923, al tiempo que publica su traducción de Proust, *A la sombra de las muchachas en flor*, segundo volumen de *En busca del tiempo perdido*; Valle-Inclán corregía y ampliaba la primera versión de *Luces de Bohemia*, de 1920, hasta llegar a su versión definitiva, concluida en 1923 y publicada en la Imprenta Cervantina en 1924, logrando la cima del esperpento y del teatro en lengua española, al tiempo que sacaba de las prensas su obra teatral *¿Para cuándo son las reclamaciones diplomáticas?*, en el semanario *España* (15 de julio); José Ortega y Gasset publica el que quizá sea su ensayo más polémico en vida, *España invertebrada*, que erróneamente figura en muchas fuentes como impreso en 1921:

En mayo de 1922 José Ortega y Gasset convierte dos series de artículos, «Particularismo y acción directa» y «Patología nacio-

nal», publicados en el diario madrileño *El Sol*, en uno de sus libros de crítica histórica y política más conocidos: *España invertebrada*. Aunque en la portada interior reza como fecha de edición 1921, *España invertebrada* está impresa en mayo de 1922 (Ortega y Gasset, 1922a). El libro, rápidamente agotado, vuelve a editarse seis meses después, a mediados de noviembre (Molina Cano, 16).

Si añadimos que, en ese mismo año de 1922, con todos esos libros magistrales en las librerías, Italo Svevo concluía y entregaba a la boloñesa editorial Cappelli su novela magna *La conciencia de Zeno*; Kafka comenzaba en enero de 1922 su misteriosa novela inconclusa *El castillo*, retocaba *El proceso* y publicaba en su Praga natal media docena de cuentos, entre los que podemos destacar *Un artista del hambre*; Thomas Mann avanzaba con la escritura de *La montaña mágica*; Joseph Roth publicaba artículos periodísticos, críticas de cine e iniciaba su novela *La tela de araña*, publicada un año más tarde; Aldous Huxley simultaneaba la escritura de su segunda novela —*Danza de sátiros*—, su primer ensayo, *Al margen*, su cuento *La envoltura humana*, y ampliaba su obra poética; Borges comenzaba a publicar sus primeros poemas (recogidos al año siguiente en *Fervor de Buenos Aires*); Faulkner veía impreso su segundo relato *The Hill* [*La colina*] y E.M. Foster iniciaba la escritura de su novela más célebre, *Pasaje a la India*, ¿alguien puede hablar de decadencia de la cultura occidental? Evidentemente hoy, con un siglo de por medio, y la visión panorámica, sería un dislate hablar de 1922 o de cualquier año de su década, los felices años veinte, como un año, una etapa o una década decadentes. Sin embargo, entonces, en la época, sí se decía. Ya se sabe, el dicho absurdo de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Pondré un ejemplo culto de ese año que explica, además, los cambios perceptivos que experimenta la historia cultural. En

París, el 7 de diciembre de 1922 en el Théâtre Antoine, el genial y originalísimo Raymond Roussel (1877-1933) estrenó la adaptación teatral de su mejor novela *Locus Solus* (1914), que, desde el punto de vista de su construcción y génesis creativa, es posiblemente la novela más original de la historia de la literatura. La obra fue un escándalo mayúsculo y logró que Roussel –que había producido la obra de su bolsillo y hasta había pagado al dramaturgo Pierre Frondaine para que la adaptase– saltase a la fama, aunque no como él habría querido. Fue algo efímero. Contaba con música de Maurice Furet, vestuario de Paul Poiret y decorados de Émile Bertin, todos muy destacados en su época. Pero Roussel fue atacado con furor. ¿Por qué me paro con este ejemplo de un fracaso teatral sobre una novela absolutamente genial? Porque es un ejemplo paradigmático de la historia cultural. Roussel fracasó en vida, pero desde los años sesenta –a raíz del excelente ensayo que le dedicó Michel Foucault en 1963– hasta hoy, no hay prácticamente ningún intelectual de cierto nivel que no conozca su obra. Y no sólo en la cultura gala, también en la anglosajona y la hispánica. Es el ejemplo perfecto de autor de fama póstuma, de escritor leído por artistas e intelectuales, pero desconocido del gran público. Una injusticia cultural.

Recapitulemos. El lector culto habrá leído bastantes de las obras que he citado y las que no ha leído las conoce perfectamente por otras referencias. Y es posible que las lea en un futuro. Esta evidencia nos pone sobre la pista cultural, al tiempo que abre una hipótesis tan imposible como sugerente. ¿Cuáles serán las obras homólogas en 2022? Me he limitado a la literatura, porque si me extendiese a otras artes o formas culturales, comenzando por el cine, la pintura o la arquitectura, la percepción de 1922 como *annus mirabilis* sería aún más extraordinaria.

1605

¿Qué ocurre, pues, con la Historia de la Cultura? No hay consenso, acaso no debe haberlo, sobre cuál sería su *annus mirabilis*, pues no hay uno sólo y, además, el enfoque varía según sea más científico o humanístico, más oriental u occidental, más moderno o más clásico. Propongo al lector un año que he elegido bajo mi propio criterio historicista, sin tomar la idea recibida de ninguna lectura. Ese año sería 1605. ¿Por qué? En 1605 se inicia la historia de la prensa, porque es el año en el que el editor Johann Carolus (1575-1634) publica en la ciudad libre imperial de Estrasburgo (en el Sacro Imperio Romano-Germánico) el primer periódico del mundo: *Relation aller Fürnemmen und gedenckwürdigen Historien* [Cuenta de todas las noticias distinguidas y memorables] en formato cuarto. Pocos meses antes, en Madrid, durante el mes de enero, el editor Francisco de Robles y el impresor Juan de la Cuesta publican *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. *El Quijote*, es bien sabido, se convertirá en el libro más leído y más traducido de la historia (o el segundo si consideramos, erróneamente, a la Biblia como un libro y no como una colección de libros editados conjuntamente). La novela de Cervantes se había impreso ya, probablemente casi en su totalidad, en diciembre de 1604 pero no se publicó ni vendió hasta enero de 1605. La segunda parte de la novela fundacional de la narrativa moderna se publicará en 1615.

Al mismo tiempo, en Inglaterra, William Shakespeare, en el mismo año de 1605, uno de los más prolíficos de su carrera, escribía la que considero su obra más redonda, *Macbeth*, la tragedia más perfecta del teatro moderno. De manera simultánea, al parecer, escribía *Timón de Atenas* [*Timon of Athens*], la magnífica *El rey Lear* [*King Lear*] y ya había finalizado a principios de año su obra *All's Well That Ends Well* [*Bien está lo que bien acaba*]. *Macbeth* la concluirá

en 1606, la estrenará un lustro más tarde, en 1611 y será impresa por vez primera en 1623. Según algunas fuentes, *El rey Lear* fue representada ya en octubre de 1605, aunque otras sitúan su estreno en las tablas en diciembre de 1606. Por si fuera poco, el 10 de febrero de 1605, en la corte del rey Jaime, en el Withehall Palace, la compañía King's Men estrenó *El mercader de Venecia* [*The Merchant of Venice*], posiblemente la obra más misteriosa en cuanto a significación de todo el corpus shakespeariano, mientras que, en ese mismo 1605, en el Globe Theater se representaba *Hamlet* (concluída en 1601 e impresa en 1603). El otro gran dramaturgo inglés de la época, Ben Johnson (1572-1637), publica también en este año milagroso para la cultura occidental, dos obras importantes, *The Masque of Blackness* y *Sejanus His Fall*.

A su vez, en España, en 1605, mientras Luis de Góngora (1561-1627) publica varios de sus grandes poemas en una antología, su odioso y joven rival, Quevedo (1580-1645), que atacaba a Góngora siempre de forma furibunda, publica sus primeros poemas en Valladolid. Y también en 1605 se publica en Lisboa el volumen *La florida del Inca*, la opera prima del gran cronista Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), primer libro escrito por un mestizo, un hispanoperuano, mitad español y mitad indígena americano. En la imprenta de Luys Sánchez, en Valladolid, el editor Pedro Espinosa antologa y publica una extensa, nutrida y conocida antología poética titulada *Flores de poetas ilustres*, dedicada, al igual que *El Quijote*, al duque de Béjar, en donde se recogen poemas de cincuenta y seis autores de tres generaciones distintas y donde se da buena cuenta del fértil momento que atraviesa la literatura española y, en concreto la poesía, alrededor de 1605. Pedro Ruíz Pérez, de la Universidad de Córdoba ha escrito que «el volumen, en todo caso, reúne, al menos, tres generaciones distintas de poetas, desde la de Camoens y Barahona a la de Espinosa y Quevedo, además de la que comienza su andadura creativa en torno a 1580,

con Lope y Góngora como referentes principales». (He consultado en la Biblioteca Nacional de España este volumen, del que hay edición crítica moderna de su primera parte en Cátedra, del año 2006, a cargo de Inoria Pepe Sarno y José María Reyes Cano). Mientras, en la poesía inglesa el dramaturgo y poeta Samuel Daniel, influyente y al parecer muy leído en vida, publica *Certaine small poems lately printed with the tragedie of Philotas*. Y en Francia François de Malherbe presenta al rey Enrique IV su *Prière pour le roi Henri le Grand, allant en Limousin* [Plegaria por el rey Enrique el grande, que viaja al Lemosín], poema galardonado en esa corte y que le otorgó ser nombrado el poeta oficial de la monarquía durante todo el reinado.

En el campo del pensamiento científico, se toma 1605 con el inicio real de la Revolución Científica, por ser el año en el que Francis Bacon (1561-1626) publica su decisivo ensayo *The Advancement of Learning (Of the Proficiency and Advancement of Learning, Divine and Human* es su título completo), traducido mucho después al español como *El avance del saber* o *El avance científico*. En él Bacon deja de lado a dios y la iglesia y avanza hacia el empirismo como base de las ciencias naturales. Un paso de gigante en la historia de las ciencias. Como escribió Damián Pachón Soto en su artículo «El proyecto científico de Francis Bacon, 400 años después»:

Ahora, para *restaurar el verdadero* saber natural, se requería, entonces, *un nuevo método*, la verdadera inducción. Esa inducción no era más que una *experiencia reglada*, un instrumento, un camino, que atendiera a la naturaleza y que permitiera restablecer el matrimonio de la mente con las cosas o, como él mismo lo expresó: «el matrimonio verdadero y legítimo entre las facultades empíricas y racionales». Este nuevo método partía de la experiencia, implicaba observación del mundo natural y la experimentación, a la vez que permitía una superación de las viejas

filosofías más dadas a las disputas, las argucias dialécticas, al ornamento (Revista *Arcadia*, 28 de enero de 2020).

Mientras tanto, en la capital del Reino de Bohemia, en Praga, el reputado astrónomo Johannes Kepler (1571-1630), escribía su tratado estelar, *De stella nova in pede Serpentarii* [*Sobre la estrella nueva situada a los pies del Serpentario*]. Si bien, la impresión y distribución concluyó pocos meses después, ya entrado 1606.

En el campo de las bellas artes nos encontramos en una transición entre el Renacimiento y el inicio del Barroco y, como siempre, las fechas varían y se solapan en los movimientos artísticos según los territorios. Pondré dos ejemplos señeros bien documentados de 1605. En los Países Bajos Rubens (1577-1640) concluye su pintura *La caída de Faetón*, inspirada en ese personaje de la mitología griega clásica. Y en la península itálica, el genial Caravaggio (1571-1610) apura su último año de estancia en Roma para crear cuatro pinturas, de modo tan prolífico en su campo como lo estaba siendo para Shakespeare en las letras. Esas cuatro obras maestras de la pintura, todas del año milagroso 1605, son *Ecce Homo*, *Cristo en el monte de los Olivos*, *San Jerónimo penitente* [o *San Jerónimo en meditación*] y *Madonna con el niño y Santa Ana*, también conocido como la *Madonna de los Palafreneros* [*Madonna dei Palfrenieri*].

El gran Herman Hesse escribió:

Lo que hoy es nuevo e interesante, pasado mañana ya no lo es. Pero aquello que ha sobrevivido varios siglos y aún no ha caído en el olvido, ni ha perecido, eso no sufrirá grandes alteraciones en cuanto a su valoración a lo largo de nuestra vida.

Ahora le pido al lector que haga un ejercicio mental, tras pensar en lo que luminarias como Shakespeare, Cervantes, Góngora, Quevedo, Bacon, Kepler, Rubens o Caravaggio estaban creando en 1605, y lo compare con cualquier año de su vida, o de lo que lleva-

mos andado del siglo veintiuno si lo prefiere. Imagínese el lector actual a un lector, un escritor o un investigador de dentro de más de cuatrocientos años, es decir, de un año posterior al año 2405. ¿Qué obras culturales o artísticas recordará de nuestra época esa persona del futuro? Las obras de los citados, Shakespeare, Cervantes, Bacon, Kepler, Rubens o Caravaggio, y otros muchos, siguen y seguirán vivas, si la humanidad sigue existiendo entonces. Pero ¿las creaciones de 2005 o de 2021, seguirán siendo conocidas o, meramente, existirán en el siglo XXV? Creo que cualquier lector culto conoce la respuesta.

D. M.

Este fragmento, como adelanto editorial, forma parte del libro de próxima publicación *En el vientre de la ballena. Ensayo sobre la cultura*, de Diego Moldes, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2022.